

# Roberto Burgos Cantor, de amores y otras historias<sup>1</sup>

“A lo mejor el amor consiste en una larga paciencia donde se exploran lenguajes, se experimentan sentimientos, se dispone cada quien al infinito del otro y permitimos la revelación, reverenciamos la belleza escondida que se muestra desde lo recóndito para uno. Instante tras instante”.

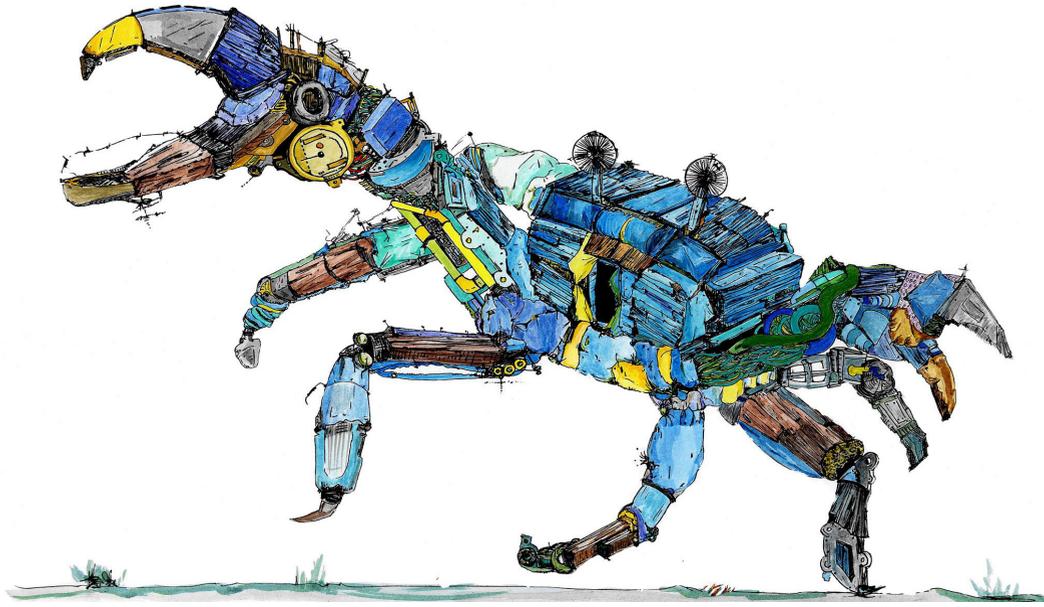
Roberto Burgos Cantor,  
*Señas particulares.*

Cuando, amigos queridos, me pidieron la difícil tarea de hablar de los seres que más amo, la primera idea, como de costumbre, fue negarme. Negarme a esa mirada *voyeur* sobre uno mismo que nos delata y nos muestra en nuestra más profunda indefensión: la de los afectos. Al final, sin embargo, no pude negarme, y fue entonces cuando me dije: “Hablaré del amor y otras historias”, para tranquilizar así la palabra, pensando que una novela del tamaño de *La ceiba de la memoria*, poderosa y rica, ella sola era una buena excusa para toda desmesura. Hablaré entonces un poco del autor y diré un poco más de mi interés en *La ceiba* como la más importante novela histórica de nuestros días (así su autor desconfíe un poco de esos términos), y hablaré de sus búsquedas de un lenguaje como el resultado de una tarea en dónde Burgos Cantor se ha medido con el precio, el valioso precio, de una vida: su vida dedicada juiciosamente a las lealtades con su oficio.

Cuando lo decidí, empezó a surgir en mi mente, a manera de las imágenes de viejas películas

\*Docente del Departamento de Humanidades de la Universidad de Cartagena.

<sup>1</sup> Palabras pronunciadas por Sonia Burgos Cantor, hermana del narrador Roberto Burgos Cantor en el marco de las VIII Jornadas Culturales Héctor Rojas Herazo (Homenaje a Roberto Burgos Cantor), realizadas entre 4 y el 8 de mayo de 2009.



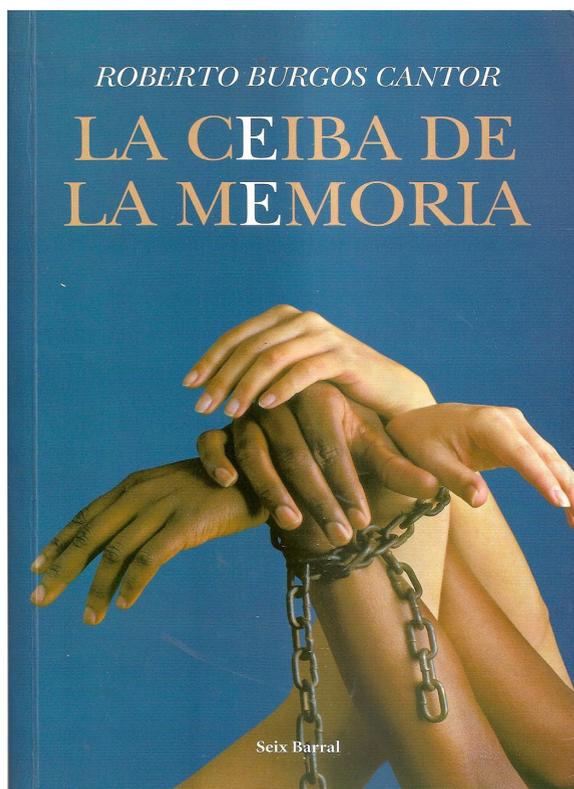
De la serie "Ciudad parapeto" (Raúl Ballesteros, 2018).

silentes en dónde (ustedes recuerdan) el movimiento se logra con la velocidad de una imagen repetida que va cambiando minuciosamente hasta producir la sensación de movimiento –el tiempo reúne los instantes y ellos resultan quizá incomprensibles, pero de allí nace una historia–, empezó a surgir mi historia personal. Memoria no literaria ni literal, por supuesto, porque no se puede comparar con la mirada de poeta de Roberto Burgos y su prodigiosa memoria amorosa. A mí sólo me sirven, y no es poca cosa, para entenderme, para saber *quién* soy, o como diría un viejo amigo cubano, *quién vengo siendo*. Materia sagrada, también lo sé: ellas, las imágenes, pueden nacer del deseo, eso también es válido, porque los deseos empujan y rompen diques, y sobre todo, como toda reconstrucción, no pueden ser más que una versión de la verdad, en este caso la mía: son parte de nuestra ánima. Por ello he querido relacionar estas imágenes con momentos –dos o tres– de nuestras vidas como hermanos, y con ellas los sentidos que se iban despertando, imágenes todas enmarcadas en un espacio vital para mí

y al mismo tiempo espacio interior-exterior de construcción espiritual: la casa. La casa como hogar, como sitio de encuentro y querencias. Imágenes de infancia, materialidades.

La imagen de la primera casa es a la vez ilimitada y limitada por dos fronteras: adelante, un corredor largo, demasiado angosto para llegar a ser terraza y al cual no podíamos salir solos, y detrás, ilimitada por el patio, porque allí, a nuestro alcance, a nuestros pies, estaba el mar, la sensación de libertad. Casa adornada con los regalos de Navidad, escasos y bellos: un autito de pilas para ti. Una vecina que tocaba el piano, una ermita al final de la calle a la derecha y el final de la calle a su izquierda –límite de nuestro mundo infantil–; la misteriosa casa de Giacometto, el taxidermista, y nuestros ojos agrandados cuando veíamos en las vitrinas esos pescaditos callados y tristes, esas caracolas dormidas, esos caballitos de mar y las medusas, convertidos en estatuas de sal; un chico vestido de pirata o en hermoso traje de teniente de navío, una casa llena de amor.

Después, varios años después, otra casa que tenía una geografía mágica, porque ella no estaba en ninguna parte, sino entre una colina, la única de la ciudad, y los límites con Lo Amador. Otra vez geografías mágicas y un jardín bifurcado por un corredor y flores exóticas: dos pinos que miraban en puntas al firmamento, heliotropos y buganvillas, flores de La Habana, corales y jacintos, flores de la India que madre cuidaba con amoroso empeño. Ya aquí entran imágenes de los primeros y únicos colegios a los que siempre fuimos: el Colegio de la Salle y el Colegio de la Candelaria; tus amigos que venían a casa a estudiar, los centros literarios, el cine del Miramar, los libros, la música, el encuentro, un poco desde lejos, con los pintores y escritores que llegaban a casa invitados por padre y nosotros oíamos interminables charlas con el pudor de la infancia. Pero, ahora lo sé, aprendíamos también allí de la amistad: el oficio de la amistad y las solidaridades.



La tercera y última casa en la isla de Manga. Allí estuviste menos, te habías ido a estudiar a Bogotá a la Universidad Nacional y yo me preparaba para seguirte los pasos. Pero allí. Fueron los boleros de Roberto Ledesma o Rolando Laserie, la música de Stan Getz, Lucho Gatica, Louis Amstrong, Nat King Cole o los fados portugueses. La casa girando en torno a la inmensa biblioteca, el padre escribiendo todas las mañanas, mientras tomaba su primer café negro, y ya todos lo sabíamos, la consigna: andar en punta de pie para no espantar a las musas que quizás lo visitaban; la vida que iba urdiendo minuciosamente lo que llegarías a ser; allí también, al final, un silencio irreparable y un dolor cuando la casa se quemó. Vienen luego las imágenes de la vida de universitarios juntos. Yo veía cómo alimentabas tu vocación, a pesar de que estudiabas Derecho, pero era fácil mirar cómo te entusiasmabas más por los cursos de Estética del Dr. Francisco Posada o como te ibas apareciendo de repente en los de Ramón Pérez Mantilla o las recomendaciones que me hacías de los cursos de Howard Rochester sobre Shakespeare o el poeta alejandrino Constantino Petro Cavafis, que no había que perderselos aunque no estuviesen en el *pensum* de Filosofía y Letras (que era lo que yo estudiaba); y eso que estaba un poco en el aire y que era la definición de tu vocación como escritor de ficciones.

Allí en Bogotá, el primer viaje a Colombia de Don Ernesto Sábato, el centro literario *Sanchito* que fundamos sólo para poder llevar a nuestros amigos y escucharlos, tus amigos, nuestros amigos, amigos de entonces, de siempre: Eligio García Márquez, Humberto Valverde, Santiago Aristizábal, Óscar Collazos, Santiago Mutis, Alberto Duque López, Policarpo Varón, Arnulfo Julio, Hernán Henao, Marco Antonio Melo; los amigos de la Librería Buchholz,

Roberto Burgos Cantor. Foto: Archivo *El Espectador*.

donde trabajamos algunos meses: Luís Fayad, José y Gabriel Viñals, Dorita, Susana, Alicia Padilla, Arturo Alape y tantos otros; el olor de la picadura de la pipa... Vuelvo a mirar y allí cada recuerdo también trae su aroma: sándalo y almizcle, jazmines recuerdan la infancia, curarina, jabón de leche y siempre un perfume muy suave: *Emir de Danna* –a la amorosa madre–, lavanda, benjuí, *Roger & Gallet Vetyver* –al querido padre–; la infancia y los olores de los patios cítricos y dulzones, en la cocina el olor del coco que se quema: el titoté, el olor fresco del pescado, de los frutos de estación que llegaban por las ventanas en la cabeza de las caseras. María con su bandeja infinita de frutas de estación: piñas y mangos, mamón y corozos, papayas y melones, ciruelas y una frutilla que le encantaba a madre: cerezas; zapotes y nísperos, los frutos del algodón: caimito y guama y guanábanas. Adentro, los olores de patio: el toronjil y la albahaca,

la yerbabuena, limones, magos y jazmín. Alfabeto indescifrable de olores que quizá hoy nos puedan ayudar a entender todo lo que nos une y también lo que nos separa; entender una manera de ser desde esta conmoción de olores que delatan nuestra procedencia, y también nuestros amores.

Después, o siempre, ha sido aprender de tu vida. Siempre te oigo decir: “A esta edad de mi vida yo no doy consejos a menos que me los pidan”. Pero, ¿qué más consejo que la vida misma de cada uno, que tu vida ella sola? Aprenderte, aprehenderte, aprender más de ti desde tu escritura, testigo unas veces más lejana y unas veces menos, y de tu vida. He pensado siempre que en la vida de los que amamos las neutralidades no existen, a pesar de la lupa con que a veces los miramos, y si la lupa está del lado que agranda, los vemos desfigurados de grandes; si está del lado que empequeñece,

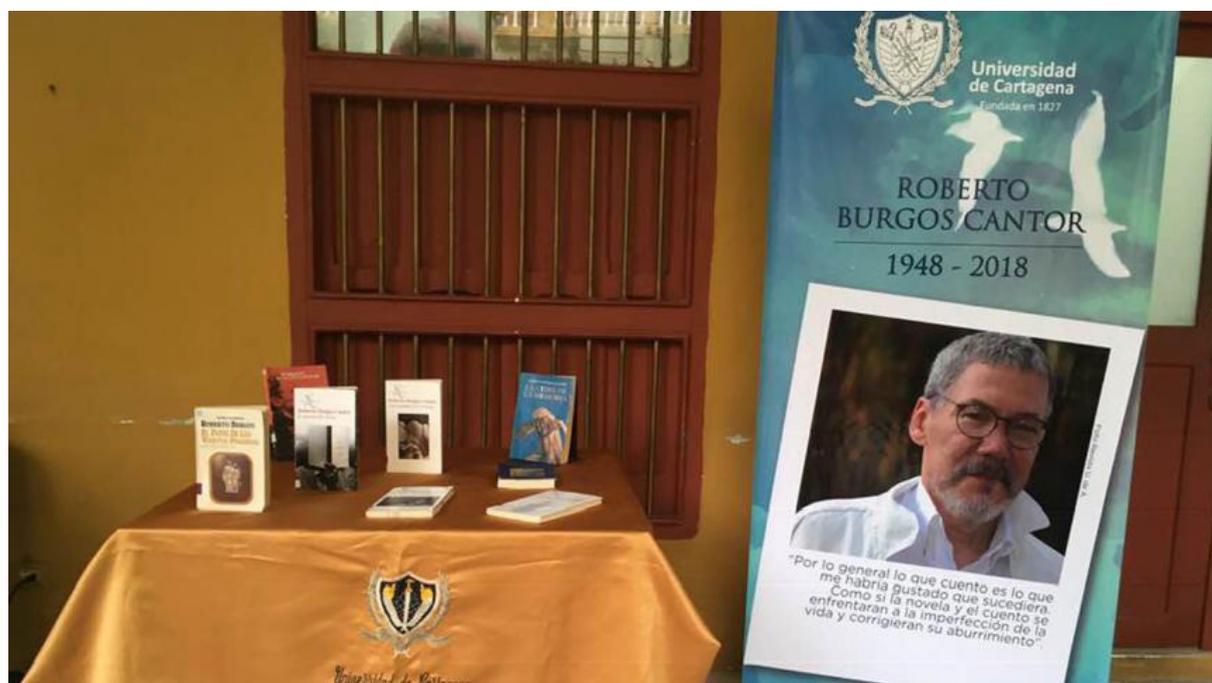
corremos el riesgo de perderlos de vista. Por todo ello, cuando tuve en mis manos una de las primeras copias de los originales de *La ceiba* –aquella en que aún no aparecen los bellos nombres que luego le diste a los capítulos: “Enfermos de mar”, “Trasterrados”, “Marcas de hierro”, “Las pinturas de Dios”–, estuve toda la noche leyéndola; entendí que todas tus búsquedas y peleas con un lenguaje que te sirviera en verdad para nombrar un mundo estaban condensadas en este bellísimo libro que yo no podía leer sin sentir que algo se me quería salir del pecho. También ocurrió con los amigos a quienes llamé y leí emocionada y alborozada párrafos enteros, monólogos sitiados y entrecortados por mi llanto.

Debido a ello, y a otras razones, es difícil estar aquí convirtiendo todo esto en palabras. Esa búsqueda de una palabra poética que nombra estaba finalmente madura y resplandeciente en tu libro. Nunca el mundo Colonial se

me antojó tan bellamente pronunciado; el mundo de la esclavitud del siglo XVII te quedaba estrecho para recrear la palabra poética. Por eso se me antoja que *La ceiba de la memoria* es, por excelencia, la novela histórica moderna: múltiple, abierta, llena de redes y pasadizos secretos, y el que no lo entienda “pagará una prenda”. Tu método, esa poética de la exactitud, eso es para mí tu continua búsqueda en el lenguaje. Por ello, cuando Bledsoe, el escritor, tu *alter ego* en la novela, indaga, anota y conversa y mira y se desconcierta por la página en blanco o la pregunta al margen que no puede responder, todos esos son problemas de método. Tú lo dices bien: “nombrar es revelación”. Tal relación misteriosa y mágica con la novela es una lección cuando Bledsoe habla de “corregir las rimas involuntarias y trabajar el lenguaje hasta que no sea más que palabras talladas que echan raíces en el espíritu de la época”. La indagación y la precisión de la pregunta



Roberto Burgos Cantor y su hermana Sonia Burgos Cantor en el Claustro de la Merced (Universidad de Cartagena).



Homenaje póstumo a Roberto Burgos Cantor en la Universidad de Cartagena (2018).

abre un mundo, es llave, o si no, qué otra cosa puede significar preguntarse qué hace a las cosas y a los seres memorables.

Los monólogos, fuertes, profundos y perfectos, se abren hacia el infinito como una novela china o a la manera de cuidadosos y simétricos laberintos en los cuales, para caminarlos, ya sabes el viejo truco de siempre a la izquierda. Esto la convierte en una enorme red de conexiones entre hechos y personajes, entre las cosas del mundo —esas miradas que Bajtín llamó tan apropiadamente polifonías o lenguaje carnavalesco—. No en vano Domenica de Orellana, uno de tus personajes, habla de la búsqueda de las palabras que mejor nombran. *La ceiba de la memoria* es ese tejer comunicaciones: recuerdo al padre con su hijo mientras viajan en un tren a Polonia; con conmovedora intensidad ambos nos preguntan *qué somos*. Muy bien lo dices: ¿habrá acaso acceso a la vida sin imágenes? Para mí *La ceiba de la memoria* representa la plena madurez de un escritor que ha sido

fiel a su destino de cazador furtivo de las palabras: cuidadoso, empeñado día y noche en ello. Quizá aquí me sienta ya voyerista de oficio en tu vida, de tu irremediable lucidez y tu lealtad al oficio de escribir.

Hay en ella monólogos que nos hacen recordar a los mejores, esas miradas caleidoscópicas sobre los personajes: la voz del escritor Bledsoe, la voz de Amalia Tu-Bari, la poderosa voz de Benkos Biojò nos recuerdan la mejor tradición de la novela moderna norteamericana y el *nouveau roman* francés, un sutil juego de espejos que me lleva irremediablemente a mi maestro Calvino y sobrepasa el viejo canon de novela histórica donde se pensaba que “el lector logra asomarse al pasado en sus momentos estelares” para “aprender furtivamente algo de historia, y evadirse del presente” (García Gual, 2005). *La ceiba de la memoria* rompe con los esquemas para deslizarse de una época a otra, enriqueciendo la imagen y el lenguaje, indagando por la ética del mal cuando, para

sólo citar uno de muchos momentos, el narrador está en Polonia, frente al campo de concentración de Auschwitz, y trasciende todo ese dolor del mundo con el poder de la palabra. Pero he aludido a mi maestro Calvino para mostrar –lo cual es muy pertinente aquí– la “levedad” que alcanza el lenguaje en *La ceiba de la memoria*. Calvino nos habla de la metáfora de la Medusa, y yo creo que, para terminar, ella puede maravillosamente aplicarse a la escritura de Roberto: el único héroe capaz de cortar la cabeza de la Medusa es Perseo, quien vuela con sus sandalias doradas sin convertirse en piedra. Se hace necesario, pues, no quedarse petrificado en las palabras; se hace necesario luchar contra la mirada hacia atrás que nos convierte en piedra, y es interesante, porque Calvino me lo dice precisamente ahora cuando, intentando una evocación histórico-biográfica, puedo caer en ello; y es una alegoría que no sólo nos muestra cómo un escritor se relaciona con

el mundo que quiere nombrar, sino que para mí es, finalmente, una lección de método. Es, por supuesto, una relación compleja y, como en el caso del mito, no termina con la decapitación del monstruo: no, de la sangre de la Medusa nace el caballo alado, Pegaso –nadie lo cuenta mejor que Ovidio en sus *Metamorfosis*–. Así, la pesadez del mundo puede convertirse en su contrario; el autor lleva consigo siempre la cabeza serpentina de la medusa a su espalda, la lleva delicadamente escondida, invisible a los ojos de los que no saben ver, y cuando sus enemigos están por vencerlo le bastará sólo mostrarla tomándola por su cabellera y el despojo se convierte en arma invencible en manos del escritor de ficciones. Ahora entiendo tanto cuando lo dices –y con ello termino–: “Quizá entonces escribir sea fundar regiones de resistencia, refugios de humanidad dónde se mantiene el fuego y se preserva la imaginación”.



De la serie "Estudio sobre La Popa" (Raúl Ballesteros, 2013).